



Revista de Estudios de Género. La ventana

ISSN: 1405-9436

revista_laventana@csh.udg.mx

Universidad de Guadalajara

México

BARTRA, ELI

El movimiento feminista en México y su vínculo con la academia

Revista de Estudios de Género. La ventana, núm. 10, diciembre, 1999, pp. 214-234

Universidad de Guadalajara

Guadalajara, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=88411129009>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

ELI BARTRA

**EL MOVIMIENTO
FEMINISTA EN MÉXICO
Y SU VÍNCULO CON
LA ACADEMIA*****Los primeros años***

Haré referencia aquí primero al movimiento feminista en México con el fin de proporcionar el contexto en el cual se desarrollan los estudios de la mujer. En segundo lugar aportaré algunas reflexiones en torno a los estudios de la mujer en las universidades de nuestro país.

El movimiento feminista de la década de 1970 se caracterizó por su espontaneidad, la espectacularidad y por la militancia de un pequeño grupo. Hubo una labor de toma de conciencia por parte de las mujeres, un intenso trabajo, llamémosle hacia adentro, tanto del movimiento como de cada mujer en lo individual y, al mismo tiem-

po, se llevaron a cabo acciones públicas que hacían mucho ruido y fueron extremadamente espectaculares.

Un grupo de treinta mujeres era el total del Movimiento de Liberación de la Mujer en la ciudad de México en 1975. Pero, dada su capacidad de llamar la atención, por un lado, y debido también a la realización de la Conferencia del Año Internacional de la Mujer de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), por el otro, el movimiento tenía una auténtica presencia, no digo de masas porque ésa nunca la ha tenido, pero sí con una voz propia y sobre todo con un grito que se hacía oír.

Lo primordial en los años setenta era el descubrimiento de la existencia de algo que se llamó “ la condición de la mujer ” ; el hecho de que las mujeres se percataran de su inferioridad social y surgiera la imperiosa necesidad de comunicar a la mayor cantidad de gente posible esa “ noticia ” , marcaron la década. Las mujeres se dieron cuenta

de que la subalternidad no era, pues, personal, individual, sino colectiva. Antes, cada una pensaba que sus problemas eran estrictamente personales, pero al comunicarse con otras mujeres descubrió su carácter social. Evidentemente que la forma en que cada quien iba despertando se dio de muy diversas maneras.

Es preciso no olvidar que el movimiento surge en el seno de la clase media más o menos ilustrada y que, por lo tanto, frecuentemente el feminismo entró por la vía intelectual. Por medio de la razón las ideas llegaban al estómago, al corazón. Y en muy contadas ocasiones el camino fue a la inversa; es decir, del corazón, de lo sentido, de lo sufrido, a la razón.

Se empezaba por querer conocer en qué situación vivían las mujeres y luego se sentía en carne propia. Es decir, las mujeres que integraban el movimiento, en general, no habían sufrido lo más brutal de la opresión machista, no habían sido víctimas de violación

o golpes del marido y no peligraba su vida en abortos clandestinos mal practicados; ellas tenían la posibilidad de abortar en buenas condiciones de salud e higiene. Eso sí, todas habían padecido el hostigamiento sexual en las calles de la gran ciudad y muchas otras formas de discriminación, aunque no se tenía plena conciencia de ello. El movimiento feminista en esos años creció poco en números absolutos, pero esparció las ideas por muchos rincones, sembró semillas que años después germinarían.

Otra de las características fundamentales del feminismo en esa década fue la autonomía. Se hacía énfasis en el carácter autónomo del movimiento de liberación de la mujer frente a todo: a los partidos políticos, a los sindicatos, a otros grupos y organizaciones y, también, al colectivo de los varones. No podían entrar hombres a formar parte del movimiento o participar en las reuniones. Las mujeres reclamaban el derecho a estar en ese

pequeñísimo espacio sin hombres con el fin de entender mejor su proceso de concientización y crear formas de lucha propias.

El movimiento feminista de los años setenta estuvo muy emparentado con la desobediencia civil, al igual que el movimiento estudiantil de 1968. No era un movimiento estructurado, con declaraciones de principios, ni tácticas ni estrategias de lucha cuidadosamente reflexionadas. Era una revuelta que se iba dando de manera improvisada y espontánea. Sin embargo, muy pronto aparecieron discrepancias sobre las distintas posibilidades que se abrían en cuanto a formas de proceder o de cómo seguir luchando.

Ya en 1976 se presenta la necesidad de crear algún órgano de expresión y de comunicación, ante lo cual se manifestaron diferencias en el seno del movimiento. Algunas querían sacar una publicación, otras querían organizar un movimiento de masas. Salieron algunas publicaciones, efíme-

ras, que pasaron como cometas por el firmamento del feminismo mexicano, una se llamó *La Revuelta*, otra *Cihuat*; pero, en realidad, ni se sacó una publicación sólida y duradera ni se formó un movimiento de masas. De hecho, es interesante señalar que la publicación que se ha mantenido hasta el presente, la revista mensual *Fem*, salió de unas cuantas mujeres que no estaban propiamente dentro del movimiento, sino más bien en la academia y en la cultura.

El Movimiento de Liberación de la Mujer (MLM) fue el grupo más importante, sirvió para sentar las bases de la nueva conciencia feminista en el país. A partir de ahí fue creciendo y multiplicándose hacia mil y un lados durante la década de los ochenta. No es que el MLM fuera el primer grupo que existió en esta última ola de feminismo sino que, a mi modo de ver, fue el más significativo porque tuvo más presencia, más empuje, más compromiso, más cohesión y la mayoría de sus

integrantes han estado en la lucha durante casi treinta años, en muy diversos espacios.

La década de los setenta es, pues, la época del despertar, de la toma de conciencia, de la búsqueda, a veces a tientas, y el periodo de más efervescencia, sin lugar a dudas. Las acciones, sin embargo, se limitaban a la expresión, al grito: “ romper el silencio ” era una consigna más que socorrida. Lo que importaba ante todo era manifestarse; poder hablar en público en distintos foros; escribir y publicar donde se pudiera; salir a la calle. Y la verdad es que pocas mujeres hacían mucho ruido.

Lo que sucedió fue que, como la mayoría de los temas eran inéditos en el país, varias de las cosas que se decían sobre la opresión de las mujeres tenían un gran impacto. Fue una época en la que se puso el acento en cuestiones de la sexualidad y de sexualidad de las mujeres en particular, y ese tema es siempre candente, sobre todo cuando se trata en público y se abordan

aspectos que son o parecen nuevos. De ahí también el impacto de esos primeros años.

El hecho de ser un movimiento de la clase media, por un lado, y de estar fuertemente influido por el anarquismo, el marxismo o el socialismo, por el otro, llevaba consigo, en muchos casos, un sentimiento de culpa de clase que había que remediar. De ahí que se buscara el acercamiento con mujeres de las clases sociales más bajas y de que surgiera el feminismo popular que dominó la escena durante la década de los años ochenta.

El feminismo popular

La década de los ochenta se caracteriza por la multiplicación de los grupos y por el acercamiento del feminismo a otras clases sociales. El movimiento crece. Las feministas de la clase media se vuelcan a trabajar con mujeres obreras y campesinas. Se crea el feminismo popular vinculado al movimiento

amplio de mujeres y ello domina durante toda la década. En 1988 se llevó a cabo el IV Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe en Taxco, México, que se vio sellado por el enfrentamiento entre el movimiento amplio de mujeres y las pocas feministas autónomas (de “ hueso colorado ” las llamaban) que no trabajaban con los sectores populares.

En esta década, el feminismo pierde la capacidad de respuesta rápida y de impugnación constante, mengua bastante su papel de conciencia crítica. La respuesta espontánea y rebelde ante las manifestaciones más aberrantes del machismo se adormeció y, en cambio, las energías se invirtieron en ayudar a las mujeres de los sectores populares. El feminismo se convirtió así en asistencialista. Su trabajo fundamental estuvo dirigido a apoyar a las mujeres víctimas de violación o de maltrato y a las que necesitaban un aborto clandestino; se proporcionaba información, asesoría legal, médica y psicológica.

Después del sismo de 1985, también se vincula a las obreras, quienes organizaron el Sindicato de Costureras 19 de Septiembre.

Es asimismo en esta década cuando se inicia el proceso de oenegeización¹ y de institucionalización del feminismo, que es lo que va a caracterizar a la década siguiente. Sin embargo, aún se mantenía la resistencia ante la inminencia de este proceso y se manifestaba en los diversos encuentros feministas latinoamericanos y del Caribe. Es en éstos en donde se intentaba cargar las pilas de la crítica y la revuelta de las mujeres feministas. Mas lo radical iba en franca retirada.

La lucha por la despenalización del aborto quedó congelada junto con la Propuesta de Ley de Maternidad Voluntaria que se entregó a la coalición de diputados de izquierda en 1979 y que fue presentada en la Cámara de Diputados. Ahí duerme en algún cajón.

1. De ONG (Organización No Gubernamental).

No obstante, se avanzó muchísimo en el terreno de la legislación para aumentar la condena a los violadores. La violación se persigue de oficio y los violadores, en la letra, no pueden salir libres bajo fianza. La violación representa, no hay que olvidarlo, un atentado a la propiedad privada de algún hombre y eso hay que castigarlo. Las diputadas lograron también que el hostigamiento sexual fuera considerado un delito.

Durante cerca de quince años no hubo realmente mujeres jóvenes que se sumaran al movimiento. Éste creció y se extendió enormemente tanto en la ciudad de México como en los estados, en la medida en que se iban creando más y más ONGs, pero al principio no llegaba a la juventud sino que eran mujeres de las mismas edades de quienes habían iniciado el movimiento a principios de 1970, las que se iban incorporando a los grupos no gubernamentales y a los gubernamentales.

La razón por la cual las jóvenes prácticamente no se acercaban al movimiento durante la década de los ochenta, nadie la sabe bien a bien. Sin embargo, considero que hay una cuestión que quizá contribuye a explicar este fenómeno. Los y las jóvenes, en general, son rebeldes y les gusta manifestarlo. Cuando el movimiento fue una clara expresión de la rebeldía de mujeres jóvenes, éstas crearon el movimiento en los años setenta; en la medida en que los grupos feministas se volvieron menos beligerantes, menos radicales, menos rebeldes, a las jóvenes no les interesaba. También hay una cuestión inherente a toda la generación que nace de padres sesentaiocheros: es relativamente apolítica, carece de interés por las luchas políticas y sociales en general y, por lo tanto, por el feminismo. Podría ser también que esta generación se encontró ya la mesa puesta y ya no tuvo que luchar por muchas de las cosas por las que lo hizo la generación anterior. Durante

toda la década de los ochenta cada vez que se hacía una reunión feminista se constataba, una y otra vez, que iba siempre más o menos la misma gente y si había nuevas mujeres no eran precisamente jovencitas de veinte años.

El empoderamiento en la década de los noventa

Ahora bien, no hay ninguna duda de que la participación de las mujeres en la vida pública del país ha ido en aumento en los últimos veinte años. Es el resultado, en buena medida, del movimiento feminista. Cada día hay más mujeres en puestos de dirección, cada día tienen más poder. De qué manera ejercen el poder, aún está por analizarse. Se manifiestan diversas opiniones sobre ello y no existe consenso sobre si hay una forma propiamente femenina de ejercer el poder.

Al mismo tiempo, también las ONGS detentan un cierto poder. Hay unas más poderosas que otras; además, en

general, son las que cuentan con más recursos financieros.

En la década de los noventa el feminismo se institucionaliza plenamente en organismos gubernamentales, no gubernamentales e instituciones académicas. Había entrado en la academia en años anteriores, pero es en esta época cuando cobra un cierto poder y se puede decir que, en alguna medida, se legitima. Esto significa, al mismo tiempo, que se produce el fenómeno de la profesionalización del feminismo. Surgen las feministas profesionales. Trabajan para el feminismo y viven de él. Durante los primeros años se vivía para la lucha feminista; en los noventa, se vive de ella.

Al final de esta década se puede percibir un repunte en la combatividad de las feministas. Han vuelto a abrir la boca y a poner puntos sobre las íes. También se observa un incremento en el interés de las jóvenes por cuestiones relacionadas con las mujeres. La institucionalización lleva con-

sigo, además, un proceso de burocratización. Las ONGs tienen sus empleadas que toman los recados, hacen las citas, contestan el teléfono y generalmente no saben nada de feminismo; pero sirven de intermediarias entre las “dirigentes” y el resto del mundo. Se ha creado una élite de feministas que son buscadas para que participen en cuanto se necesita la voz del feminismo: prensa, radio, televisión, conferencias, mesas redondas.

Tanto en las ONGs como en los grupos gubernamentales y en la academia se ha establecido una jerarquía entre las feministas cada vez más acentuada. Esto representa una gran diferencia con respecto al movimiento de la década de 1970, cuando se estaba en contra de la existencia de dirigentes y en contra de las jerarquías.

El feminismo hoy en día en México, a finales de siglo y de milenio, es una corriente de opinión (integrada por muchas voces discrepantes) que se expresa en los medios masivos de co-

municación, en libros y revistas, en las aulas de las universidades de todo el país, en el cine, en las artes plásticas, en la literatura... Es también un movimiento convertido en decenas de ONGs y asociaciones políticas.

A casi treinta años del surgimiento del feminismo en México, podemos observar una nota dominante que sella cuanto se refiere a mujeres en lucha por sus derechos y es la noción de diversidad. Entre hombres y mujeres, por supuesto, pero más que eso, ahora es entre las propias mujeres. En estos últimos tiempos llegan los fuertes vientos de la posmodernidad, del poscolonialismo, el multiculturalismo e incluso del posfeminismo y nos ponemos a bailar a ese son. Está por verse hacia dónde nos dirigimos.

Estudiar a las mujeres

Desde que nacieron en México los estudios de la mujer se han llamado de muchas maneras: sociología de las

minorías, sociología de la mujer, antropología de la mujer, educación de las mujeres, historia de las mujeres, estudios de la mujer y, recientemente, estudios de género. Hay que señalar que nunca se han llamado estudios feministas.²

A lo largo de los últimos veinte años, en México se han impartido numerosos cursos sobre la mujer, aproximadamente unos cien.³ Sin embargo, sólo a título de comparación, señalaré que en los Estados Unidos hace quince años, es decir, en 1982, según la Fundación Ford se impartieron 30 mil cursos oficiales y había 350 programas completos sobre la mujer.⁴

² Para una de las primeras y más interesantes reflexiones sobre los estudios de la mujer ver el texto de Adrienne Rich. "Hay que tomar en serio los estudios de la mujer", en *Sobre mentiras, secretos y silencios*, Icaria, Barcelona, 1983, pp. 278-287.

³ Ver Mercedes Blanco, Yolanda Corona, Mary Goldsmith et al. "La docencia universitaria sobre la problemática femenina: facilidades y obstáculos", UNAM, México, 1989.

⁴ Rosi Braidotti. "Teoría de los estudios sobre la mujer: algunas experiencias contemporáneas en Europa", en *Historia y Fuente Oral*, núm. 6, Universitat de Barcelona, Barcelona, 1991, p. 5.

A mi modo de ver, estos estudios se deben llamar, por ahora, estudios de la *mujer* y no de género; es así por razones de carácter fundamentalmente político más que teórico o académico. Pienso que apenas estamos creando estos estudios en México, no los hemos todavía legitimado del todo en la academia y ya se quiere que nos *borremos* nuevamente, que hagamos invisibles a las mujeres y las escondamos detrás del concepto de género. Dentro de la academia la palabra *mujer* incomoda tanto como la palabra *feminismo*.

Bajo la etiqueta "Estudios de la mujer" no sólo se trata de conocer la problemática femenina dado que se contempla también, por fuerza, a *la relación* entre los géneros y se abordan cuestiones metodológicas, que atañen al conocimiento de la sociedad en su conjunto y al conocimiento existente sobre ella. Ahora bien, hacer referencia a *la mujer* en general (a la abstracción), levanta las severas y constantes críti-

cas de las abanderadas del antiesencialismo. Hay gente empeñada en manifestar con frecuencia que *la mujer* en abstracto, en general, no existe; que existen mujeres concretas, mujeres determinadas históricamente. Subrayan que todas las mujeres somos distintas y que, por lo tanto, no se puede hablar de la mujer porque ésta no existe. Es del todo cierto, como cierto es que el ser humano en general no existe tampoco, existen hombres y mujeres concretos de diferentes edades, etnias y sexualidades, en espacios y tiempos específicos. Sin embargo, desde un punto de vista filosófico es válido (y a veces necesario) hacer referencia al ser humano en general o a la mujer como abstracción de las mujeres concretas de carne y hueso. En ocasiones resulta útil emplear el concepto abstracto mujer, siempre y cuando no se use en lugar del plural concreto. Hablar de la mujer en general *no* es necesariamente mujerismo o esencialismo, no es un error. Lo que resulta un error es hablar

de la mujer cuando hay que hablar de las mujeres. De igual manera resulta erróneo hablar de seres humanos en general cuando hay que referirnos a realidades distintas entre hombres y mujeres.

El feminismo surge como una necesidad ante un hecho que se hace asombrosamente evidente: las mujeres como grupo social son oprimidas, marginadas, discriminadas. En distintos momentos históricos se ha observado que a pesar de todas las diferencias particulares entre las mujeres del planeta, era posible hablar de una condición *similar* de opresión histórica genérica (con algunas excepciones, tal vez). En ese sentido es que se habla de *la* condición de la mujer o de los estudios de *la* mujer, a sabiendas de que la realidad de cada una presenta sus particularidades, así como es distinta también la realidad de cada grupo de mujeres que comparten una época o una misma situación político-geográfica, una clase, una etnia,

una preferencia sexual, una “normalidad” o “anormalidad” física o psíquica. Es por ello que hasta ahora me ha parecido más pertinente utilizar el nombre de estudios de la mujer, porque hace referencia a la opresión *común* a todas las mujeres.

Así, estos estudios tratan tanto de la “condición de la mujer” como de nominador común de *las* mujeres, como de la condición de *las* mujeres cuando se consideran sus especificidades. Es necesario conocer el nivel abstracto de la feminidad, de aquello mal denominado “eterno femenino”, así como el ser y el hacer de las mujeres concretas y el hacer de los varones en relación con las mujeres. Se trata de profundizar en el estudio de estos sujetos, las mujeres, que finalmente tan poco conocemos.

Al hablar de estudios de género se pretenden evitar los problemas de las etiquetas anteriores. Se quiere, de esta manera, abrir el conocimiento al género masculino también (para no caer

en un supuesto sexismo) y se trata de centrar el estudio, sobre todo, en las relaciones de poder entre los géneros. Sin embargo, resulta que muy a menudo se imparten cursos y se hace investigación sobre *mujeres*, pero se dice que son de género. Se ha sustituido la incómoda y devaluada palabra *mujer*, por la nueva y elegante de género. Pero *mujer* no es sinónimo de género, de la misma manera que “perspectiva de género” no es lo mismo que feminismo.

Por otro lado, el manejo del concepto de género en todos los campos del conocimiento ha mostrado ser tanto o más importante que la consideración de clase social. Y obsérvese que se da la misma necesidad de definición y redefinición permanente que se dio durante más de un siglo con respecto al concepto de clase. Las clases sociales se han estudiado, caracterizado, definido y redefinido ininidad de veces desde mediados del siglo pasado con el surgimiento del marxismo y,

en particular, desde principios de este siglo con el leninismo. El concepto de género se ha renovado, ha sufrido transformaciones y es como si se tratara de un recién nacido que todavía ni siquiera entra, con las nuevas acepciones, en los diccionarios castellanos, a menos de que se trate de diccionarios feministas.⁵

Independientemente del membrete que se adopte, otra cuestión que se sigue debatiendo es el carácter de estos estudios. ¿En qué consiste lo feminista al enseñar o investigar sobre la mujer? Sabemos que los trabajos *sobre* o por mujeres no son necesariamente feministas; lo son, creo, los estudios que parten del hecho de la división genérica jerárquica de la sociedad, que toman en consideración

las condiciones de opresión de las mujeres y las teorías desarrolladas para entender y transformar su subordinación. Atacar simplemente el problema de la invisibilidad de las mujeres en las estructuras de conocimiento, en las ciencias, es una parte de la solución; pero por sí sola no atenta contra el carácter androcéntrico dominante ni de las epistemologías ni de las ciencias. Todo depende del *para qué*. Si se pretende demostrar la presencia y el protagonismo de las mujeres en el quehacer científico y tecnológico *para* deducir de ahí que las mujeres hemos tenido igual acceso a esos campos, sólo que se ignora, no creo que se trate de una posición feminista.

Nos hemos tenido que dedicar durante algún tiempo a saber qué vamos a estudiar y por qué. Es decir, discutimos la validez o no de estudiar a la mujer (a las mujeres o a los géneros). Hemos tenido que invertir bastante energía en tratar de explicar (y explicarnos) por qué resulta necesario

5. Para una buena antología de textos sobre el género ver el libro compilado por Marta Lamas. *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, UNAM-Porrúa, México, 1996.

En cuanto a diccionario feminista en español ver Victoria Sau. *Diccionario ideológico feminista*, Icaria, Barcelona, 1990. Ver también para definiciones de conceptos y categorías, Celia Amorós (dir.) *10 palabras clave sobre mujer*, evd, Pamplona, 1995.

estudiar algo que a todas luces aparece como no importante. Sin embargo, a lo largo de los años, hemos logrado más o menos explicar esa necesidad.

Ahora, nos enfrentamos también a la problemática de cómo abordar el estudio. Nos estamos ocupando tanto de la metodología de investigación como de las estrategias para la docencia. Ambas cuestiones son objeto de amplios y largos debates. ¿Existen uno o varios métodos distintos para los estudios feministas? ¿Existe una metodología feminista? ¿Integración de los estudios sobre la mujer o autonomía? Aunque en apariencia este debate sobre la integración o la autonomía ya se dio, parece que no se agotó y de repente despunta nuevamente.

No hay ninguna duda de que el “descubrimiento” o puesta en circulación de la categoría género en el contexto de los estudios feministas ha sido muy importante para el desarrollo de la teoría; también considero que esta categoría es absolutamente fundamen-

tal para el enriquecimiento de todas las ciencias y las humanidades. Sin embargo, no por ello es forzoso y necesario cambiar lo que se ha llamado estudios de la mujer (por no poder legitimarlos en la academia como estudios feministas) por los estudios de género.

Es innegable que sin el movimiento de liberación de la mujer estos estudios probablemente no hubieran surgido. Sin embargo, el vínculo se ha dado de dos maneras: en forma directa y en forma indirecta. Esto quiere decir simplemente que en el primer caso las mujeres que participamos personalmente en el movimiento feminista, en un momento dado creamos en las universidades los estudios de la mujer; en gran medida quisimos dejar de vivir esa especie de esquizofrenia o doble vida, en la que por un lado estaba el trabajo profesional y por el otro, sin que tuviera nada que ver con él, la militancia en el movimiento de liberación de la mujer. En el segundo caso, la forma indi-

recta se da cuando las ideas, los intereses y las luchas del movimiento feminista “contagiaron”, principalmente por la vía intelectual, a algunas mujeres de la academia (sin que ellas hubieran participado jamás en el movimiento feminista) y pensaron que sería importante contemplar a las mujeres en sus investigaciones y en su docencia. Estas mismas, opino, son las que primero se sumaron a la idea de cambiar género por mujer en el trabajo académico.

Debido tal vez a la naturaleza multidisciplinaria y transdisciplinaria de los estudios de la mujer, lo idóneo es que esta enseñanza se imparta a nivel de posgrado, como especialidades, maestrías o doctorados, cuando la gente ya tiene una preparación dentro de una disciplina; entonces estudiar a la mujer y a las relaciones entre los géneros sería un punto de llegada, es el lugar donde se aterriza. Representa el estudio de la mitad de la población en todos los aspectos posibles e imagi-

nables: su vida económica, de trabajo, su sexualidad, su psique, su arte, su historia, su cuerpo... todo lo que han hecho y hacen las mujeres en sociedad e individualmente. No obstante, en todas y cada una de las licenciaturas debería contemplarse la problemática de las mujeres, deberían existir materias en todas las licenciaturas, mas no creo que se deban crear las licenciaturas en estudios de la mujer.

Un problema que se presenta a menudo dentro de estos estudios es que las alumnas *confunden* el salón de clase con un grupo de autoconciencia del movimiento feminista. Es fundamental tener presente que se trata de dos espacios distintos, si bien hay conexiones entre ambos. Y son distintos en buena medida porque los estudios formales en una universidad están sujetos a las reglas del juego de la institución. Evaluamos y somos evaluadas con los parámetros institucionales. Si una alumna no puede presentar un

buen trabajo final por atender a sus dos hijos (enfermos o no) y al marido o tal vez porque, además, tiene un trabajo asalariado, con lo cual sus estudios representan una tercera jornada de trabajo... no se le pudo poner una buena calificación, ya que no cumplió con los requisitos del curso que está tomando. Ellas con frecuencia creen que si no se les regalan las calificaciones en consideración de su condición de mujeres-amas de casa, el feminismo del curso está en entredicho. Me parece que eso es justamente no tomarse en serio como estudiantes, tal como decía Adrienne Rich. El feminismo no pasa por entender la doble jornada de las alumnas y, por ende, aprobarlas sin que lo merezcan académicamente. Sin embargo, esta confusión con frecuencia produce malestar y representa conflicto.

Se sigue discutiendo acerca de si es mejor la integración del estudio de las mujeres en los planes y programas universitarios de las distintas discipli-

nas y ciencias, o bien si hay que conseguir la autonomía de estos estudios. Con la autonomía, y por lo tanto la separación, se da el proceso de *ghettización* que conlleva la marginación. Me parece que no es para nada necesario, ni conveniente, elegir. Es preciso crear estudios de la mujer autónomos que nos permitan avanzar más y mejor teóricamente sin tener que estar justificando gratuitamente cada uno de los conceptos que usamos y los proyectos que elaboramos. Pero es también muy importante integrar “ el punto de vista feminista ” en el cuerpo de las distintas ciencias y disciplinas, y hacer visibles a las mujeres y a las relaciones entre los géneros en todo conocimiento humano. Evidentemente no se trata de que se queden igual, pero con un cataplasma que diga “ mujer ” ahí pegado, sino que se transformen y dejen de ser androcéntricas y sexistas. De la misma manera que también es preciso ir cambiando, poco a poco, el lenguaje profundamente androcéntri-

co que impera aún hoy día en las universidades.

La entrada en la academia no ha sido ni fácil ni rápida. Se han manifestado dos grandes obstáculos: por un lado, la debilidad teórica y el poco compromiso político de las feministas dentro de las universidades y, por el otro, la cerrazón de las autoridades académicas y burocráticas. Sin embargo, al paso de los años, las feministas nos fortalecieron y los jerarcas se debilitaron.

La entrada del feminismo en la academia al principio se dio, casi en todos lados, por la vía informal. Se crearon grupos de investigación no reconocidos y se impartieron numerosos cursos sin valor en créditos. Actualmente puede decirse que lo que existe en términos de docencia en este campo es bastante raquítico en comparación, por ejemplo, con el desarrollo de la investigación que se lleva a cabo sobre el tema en el país. Aun hay un desfase entre la docencia y la investigación feministas.

Considero que los principales obstáculos para la proliferación de los estudios de la mujer siguen siendo básicamente los mismos que en un principio. A las mujeres académicas no sensibles al feminismo no les interesa en lo más mínimo que existan y que se multipliquen los estudios de esta naturaleza; los ven con escepticismo, incredulidad, desconfianza o franco rechazo. Las feministas dentro de la academia no dan abasto para que se consolide lo que existe y para que, además, se multiplique.

Las universidades están abarrotadas de personas que consideran poco científico, poco serio, poco importante estudiar a las mujeres y a la relación entre los géneros, por lo tanto, no digno de que los excelsos saberes que se imparten en la educación superior se ocupen de “esos temas” tan de segunda. Ahora, al inventarse el desempeño académico de excelencia, nos hemos tenido que someter, también, a esas exigencias institucionales

y hay que hacer investigación de “ alto nivel ” tan sólo para poder competir en el mercado académico.

La institucionalización y la burocratización

Uno de los espacios en donde se ha institucionalizado el feminismo es en la academia y, paralelamente, es innegable que se da un cierto proceso de burocratización. Por un lado, se tiene que trabajar de acuerdo con ciertos lineamientos de una determinada administración y de las políticas educativas; por el otro, es inevitable que surja una burocracia en el interior de los propios programas, todo lo cual condiciona el quehacer cotidiano.

Además, los programas universitarios están siendo constantemente evaluados y, al mismo tiempo, evalúan. Ésta es una de las partes más delicadas. ¿En función de qué, con qué parámetros se actúa dentro de este doble proceso? En general, tenemos

que utilizar patrones de evaluación impuestos, ya sea por las propias instituciones o bien por las financiadoras nacionales e internacionales. En general, nosotras no elaboramos los criterios de evaluación, pero funcionamos todos los días con ellos. No es posible escapar fácilmente a estos mecanismos una vez se ha entrado en las instituciones.

Esto significa, tal como lo preveíamos, una pérdida de libertad, de espontaneidad, de creatividad incluso y, por supuesto, de combatividad. El feminismo en la academia se entibia. A pesar de ello no es posible negar que el proceso concientizador va avanzando, que cada día más mujeres y hombres se percatan de la injusta división genérica y que, aunque de manera muy lenta, la condición de las mujeres se va modificando y el machismo, aunque sea mínimamente, se ablanda.

Para resumir

Es posible esquematizar la problemática abordada de la siguiente manera: ¿*Qué* es lo que se estudia (o enseña) en los estudios de la mujer, *cómo* se estudia y *para qué*?

Esto último es fundamental. La finalidad que se persigue, a nivel del conocimiento, es borrar el androcen-trismo y el sexismo en todas las disci-plinas. Lo deseable es introducir la visión genérica en el cuerpo de toda ciencia y disciplina. Hay que *integrar* el punto de vista feminista en el co-nocimiento y transformarlo. Ahora bien, hoy por hoy, la docencia y la in-vestigación mayoritarias, dominantes, se siguen manteniendo profundamente androcéntricas. La inmensa mayoría de los científicos sociales siguen dicien-do que eso del feminismo es pura ideo-logía. En el mejor de los casos las investigaciones han sido *salpicadas* de mujeres o de uno que otro concepto feminista, se contempla alguna cues-

tion relacionada con las mujeres o con el machismo en algún curso y ya está; es decir, se quedan con ese cataplas-ma que mencioné.

Nuestra alternativa hoy es tanto la de integrar visiones feministas en las ciencias y las humanidades, como la de crear y conservar la autonomía de los estudios de la mujer, no es necesario elegir. Y es así como intentaremos ir creando muy poco a poco un conoci-miento no androcéntrico y no sexista, desafiando los retos que nos impone la institucionalización.

Ahora bien, junto con la institu-cionalización y la burocratización se está dando paralelamente una cierta legitimación de los estudios de este tipo, y al cambiarle la etiqueta de “ mu-jer ” por la de “ género ” este proceso se facilita.

Los estudios de la mujer compar-ten, en cierta manera, la situación en que viven las mujeres en la sociedad: son básicamente ignorados y menos-preciados, pero por momentos se co-

quiea con ellos y son “ conquistados ” (para distintos fines con frecuencia de tipo clientelar). Otras veces se les toma en cuenta con actitud paternalista, pero la mayoría del tiempo la tendencia es a marginarlos.

Hemos avanzado, pues, en cuanto a introducir el feminismo en la academia, pero no hay que pensar que nuestros logros son definitivos. Tan pronto se gana terreno como se vuelve a perder, casi sin percatarnos de ello.

Bibliografía

AARON, Jane y Sylvia WALBY (eds.). *Out of the Margins. Women's Studies in the 90's*, The Falmer Press, Londres, 1991.

ALCOFF, Linda y Elizabeth POTTER (eds.). *Feminist Epistemologies*, Routledge, Nueva York, 1993.

AMORÓS, Celia (dir.). *10 palabras clave sobre mujer*, evd, Pamplona, 1995.

BABBITT, Susan E. *Impossible Dreams*.

Rationality, Integrity and Moral Imagination, Westview Press, Boulder, 1996.

BARTRA, Eli, María BRUMM et al. *La Revuelta. Reflexiones, testimonios y reportajes de mujeres en México, 1975-1983*, Martín Casillas, México, 1983.

—— “ El colectivo La Revuelta o de cuando las brujas conspiraban ”, en *Fem*, año 20, núm. 163, México, octubre, 1996.

—— “ El género revisitado ”, en Miriam Aidé NÚÑEZ et al. (eds.). *Estudios de género en Michoacán. Lo femenino y lo masculino*, UMSNH/U. de Chapingo, Morelia y México, 1995.

—— “ Mujeres y política en México: aborto, violación y mujeres golpeadas ”, en *Política y Cultura*, núm. 1, UAM-X, México, otoño, 1992.

BEDOLLA MIRANDA, Patricia et al. (comps.) *Estudios de género y feminismo*, Fontamara/UNAM, México, 1993.

- BOWLES, Gloria y Renata DUELLI KLEIN (comps.). *Theories of Women ' s Studies*, Routledge, Londres, 1983.
- BRAIDOTTI, Rosi. " Teoría de los estudios sobre la mujer: algunas experiencias contemporáneas en Europa " , en *Historia y Fuente Oral*, núm. 6, Universitat de Barcelona, Barcelona, 1991.
- Debate Feminista*, año 6, vol. 12, México, octubre, 1995.
- DE GROOT, Joanna y Mary MAYNARD. " Facing the 1990 ' s: Problems and Possibilities for Women ' s Studies " , en *Women ' s Studies in the 90 ' s. Doing Things Differently*, McMillan, Londres, 1993.
- Fem*, año 20, núm. 163, México, octubre, 1996.
- Fem*, año 23, núm. 190, México, enero, 1999.
- HINDS, Hilary, Ann PHOENIX y Jackie STACEY. *Working Out. New Directions for Women ' s Studies*. The Falmer Press, Londres, 1992.
- HOWE, Florence. " Introduction: The First Decade of Women ' s Studies " , en *Harvard Educational Review*, vol. 49, núm. 4, noviembre, 1979.
- LAMAS, Marta. *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, UNAM-Porrúa, México, 1996.
- LAU JAIVEN, Ana. *La nueva ola del feminismo en México*, Planeta, México, 1987.
- MAYNARD, Mary y June PURVIS. *New Frontiers in Women ' s Studies. Knowledge, Identity & Nationalism*, Taylor & Francis, Londres, 1996.
- NASH, Mary. " Conceptualización y desarrollo en los estudios en torno a las mujeres: un panorama internacional " , en *Papers. Revista de Sociología*, núm. 30, Estudios sobre la Dona, Universitat Autònoma de Barcelona, Península, 1988.
- PATAI, Daphne y Noretta KOERTGE. *Professing Feminism: Cautionary Tales from the Strange World of Women ' s Studies*, Basic Books-

Harper Collins Publisher, Nueva York, 1994.

PASSOS, Elizete Silva (org.). *Um mundo dividido: O genero nas universidades do Norte e Nordeste*, UFBA, Salvador, 1997.

RICH, Adrienne. " Hay que tomar en serio los estudios de la mujer " , en *Sobre mentiras, secretos y silencios*, Icaria, Barcelona, 1983.

SAU, Victoria. *Diccionario ideológico feminista*, 2ª ed., Icaria, Barcelona, 1990.

VICTORIA SAU SÁNCHEZ

¿A DÓNDE VA EL FEMINISMO?

Los estudios de mujeres, la investigación feminista en todas las disciplinas, son una realidad que se ha consolidado en el seno de las universidades. Los cambios en las costumbres se van sucediendo: la distribución del trabajo doméstico, el aumento de número de mujeres que ocupan puestos de trabajo de responsabilidad y la presencia en los estudios superiores, son algunos ejemplos en la cultura occidental. Pero, ¿eso es todo?

El feminismo es un movimiento social y político que tiene un proyecto de sociedad diferente de la patriarcal. La gestión unilateral del mundo por parte de uno solo de los dos representantes de la especie humana toca a su fin. Este proceso se articula en tres fases: